

mayor parte de renombre: *El Sol*, *El Defensor*, *Ínsula*, *Caballo verde para la poesía*, o algunas extranjeras como *The Times*) el autor clasifica, describe y enumera una lista de ejemplos lo suficientemente ilustrativos como para despertar en unos el espasmo y en otros la carcajada. No se confoma con publicaciones en lengua española; entre el conjunto de casos aparecidos en revistas o en prensa diaria, en diccionarios o libros de todo tipo, José Esteban introduce diversos ejemplos provenientes del francés o del italiano. Algunas de estas erratas, claro está, saltan a la vista, como en el caso de la editorial mexicana Fondo de Cultura Económica, que debe su nombre a una impresión fallida —el autor del libro no duda en calificarla de «juguetona»— de lo que debía llamarse «Ecuménica». Y es que, ya sea por simple despiste, por evidente torpeza, o por expresa malicia, la errata resiste a casi todo y sobrevive tras el timbre sordo y caluroso de las máquinas de imprenta. El libro cuenta, además, con un «Intermedio sentimental» en el que el autor elogia a estos duendecillos de la letra en un tono apologético que recuerda las odas a la locomotora del Poeta Moderno concebido por Cansinos Asséns en su obra *Movimiento V P.*

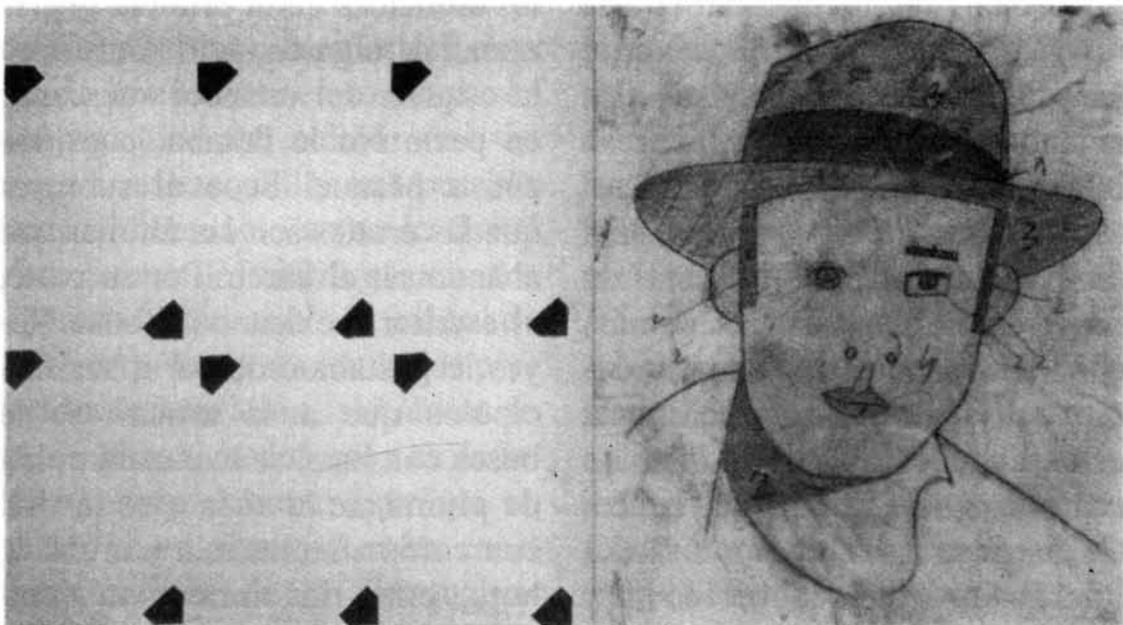
En cualquier caso, de la lectura del libro deducimos el poder igualatorio de la errata, esa pesadilla que hermana a todos los escritores por igual, que vuelve a los inmortales «inmorales» —véase un diario madrileño de 1809—, a las camelias de una dama las trata de «camellas», y al «ir de puntilla» no digamos, cuando se desliza —ligera, lasciva— la consonante nasal a fin de verso —véase un poema aparecido en la revista *Ínsula*—. Estos pocos ejemplos, entre muchos otros presentados por el autor del libro que aquí comentamos, ha provocado que esta diminuta calamidad del texto escrito sea una de las prófugas más buscadas en todo el mundo. Hasta el músico Enrique Granados —aunque a título póstumo— padeció de ellas. Tras el hundimiento del barco *Lusitania* atacado por los alemanes en la primera guerra mundial, alguien dejó escrito en la esquela del músico: «descanse en pez». No le faltaba, pues, razón a Manuel Seco al subrayar que las erratas son las últimas que abandonan el barco. Por su parte, al escritor mexicano Alfonso Reyes le gustaba recordar a sus discípulos que a la errata «se la busca con lupa, se la caza a punta de pluma, se la aísla y se la sitia con cordón sanitario... y a última hora, entre las formas ya compuestas, cuando ruedan los cilindros sobre los moldes ya entintados

¡héla que aparece, venida no se sabe dónde, como si fuera una lepra connatural del plomo!».

Vituperio (y algún elogio) de la errata, es, con todo, una suerte de intrahistoria de la letra; un li-

bro curioso, atractivo y de agradable lectura que nos introduce de manera amena en el reverso de la palabra escrita.

Isidro Hernández Gutiérrez



Autorretrato 1988, técnica mixta 36,6 x 57 cm

El fondo de la maleta

Disculpas

El conocimiento humano trabaja sospechando de lo evidente, en una suerte de combate sin término fijo contra la obviedad. Galileo Galilei advirtió que la luz es separable del calor y de todo ambiente luminoso. La luz dejó de ser una cualidad y se convirtió en un cuanto de corpúsculos invisibles, de velocidad instantánea y propagación universal. Si se quiere, lo que Francesco Patrizi, filósofo hermético y neoplatónico, había insinuado: la luz es corpórea tanto como inmaterial.

Galileo —es casi superfluo recordarlo— fue un hombre de ciencia. No por ello desdeñó las sugerencias de pensadores y poetas: el filósofo Dionisio Aeropagita, agustinos como Diego de Zúñiga y carmelitas como Paolo Antonio Foscarini y nuestro San Juan de la Cruz. Coincidió el florentino con las teorías de Copérnico que colocaban el Sol en el centro del sistema planetario, en contra de las tradiciones aristotélicas que lo centraban en la Tierra.

No fue la menor disidencia entre Galileo y Aristóteles. Frente a éste y su física de lo continuo, aquél pensó una física de lo dis-

continuo y aun del vacío. La materia galileana se resuelve infinitamente, está llena de huecos, por decirlo con un oxímoron muy propio de aquellos años barrocos. La mayor grandeza puede construirse con partes inextensas. Hay partículas indivisibles, indiscretas, incommensurables. Nada de atomismo o materialismo clásico sino un homenaje a las reminiscencias platónicas, una teoría no física sino matemática de la materia.

Muchas de las aseveraciones de Galileo han quedado ya fuera del campo de la ciencia para ingresar en la indispensable historia de la ciencia. No obstante, sus *Discorsi* y, especialmente, tantas páginas de su *Saggiatore*, perviven como admirable prosa barroca. Y quien dice prosa dice razonamiento. La naturaleza galileana, efectivamente, es un bello libro cuyos signos proponen descifrar el pensamiento de Dios, que está oculto y es, en sí mismo, misterioso. No se trata de una revelación, sino de una hermenéutica. Y más: de una estética, porque el Libro de la Creación es bello. La verdad no tiene nada de aparente, más bien mucho de simulado,

equívoco, enmascarado, encubierto y, finalmente, de inalcanzable por ser misterioso: barroco. Sus cifras son geométricas y aritméticas, no filológicas.

Descifrar el pensamiento divino en la naturaleza que le vale de antifaz, huele a herejía. Preferir la tradición hebraica de los pitagóricos a la griega de los peripatéticos, aunque ambas fueran de impregnación pagana, atacaba al dogma. La Iglesia había decidido que todo estaba en los libros de Aristóteles.

Es claro que los prelados más inteligentes admiraban a Galileo, frecuentaban su trato y atendían sus lecciones. Así el cardenal Roberto Bellarmino y el Papa Urbano VIII Barberini, paisano del científico. Nada impidió que Bellarmino leyera a Galileo, como velada amenaza, la condena eclesiástica a las teorías de Copérnico, ni que el citado Papa obligara al pensador a retractarse. Siglos más tarde, otro Papa, Juan Pablo II, pidió disculpas por la maniobra antigalileana. Desde luego, estamos hoy más cerca de un cris-

tianismo ecléctico, irenista, que busca coincidencias entre ortodoxos y herejes, antes que disidencias doctrinales erizadas de aparatos de tortura y guerras de religión.

Una mente culta y refinada como Bellarmino o Barberini, no podía ignorar que la centralidad de la Tierra y la compactidad aparente de la materia eran groserías insostenibles a la luz de la razón. Pero la verdad era, en sus manos, el poder institucional. O sea la obediencia a las jerarquías de quien manda (léase: quien amenaza).

Bellarmino murió en 1621. No sólo intentó atemorizar a Galileo sino que condujo, en su momento, el proceso que llevó hasta la hoguera a Giordano Bruno, por considerar que su fe en Cristo era más decisiva que cualquier explicación acerca de lo Revelado. Bellarmino fue santificado y yace en un suntuoso sepulcro romano, diseñado por Bernini. No cabe derogar su santidad ni pedir disculpas por sus milagros. Quizá sólo quepa una sonrisa caritativa, la de Bruno y Galileo.